

CAPÍTULO III.

Desierto.—Viento abrasador.—Mirage.—Oasis.—Alejandro.—Jardines de Oriente.

Los terrenos arenosos é incultos que están mas allá de las dos cadenas de montañas que limitan por ambos lados el Egipto, forman sus desiertos. La superficie de estas soledades contiene guijarros, piedras y arenas: estas se componen únicamente de granos de quartzo sin mezcla de otra materia. En otro tiempo, segun parece, estuvieron cubiertas por las aguas. Se amontonan las arenas en mil lugares formando eminencias de varias alturas. Ordinariamente las plantas, ú otro cuerpo sólido cualquiera, son los núcleos sobre los cuales se va reuniendo la arena. Casi todos estos montecillos se deshacen con el viento, el que los va trasla-

dando á otro sitio, y si algunos permanecen, es tan caprichosa la accion de las corrientes del aire, y resultan tan extravagantes las formas que les dan, que aun de cerca no se distinguen bien sus desigualdades y variedades.

Hay pocos países en que como en Egipto y su desierto, se levante su polvo en columnas por los remolinos de viento: estas columnas gigantescas y giratorias que se elevan perpendicularmente hasta las nubes, á veces se quedan inmóviles, pero de ordinario, vuelan por espacio de muchos minutos con ligereza, hasta que un árbol, una pared, una casa ó una desigualdad del terreno las rompen, ó la calma del viento las hace desaparecer.

El aspecto del desierto produce, en el que lo ve por primera vez, una impresion grave y solemne: excita al alma á pensamientos grandiosos, y así no me admiro que los primeros cristianos hubieran escogido estas profundas soledades, como el lugar en que el hombre puede tratar mas directamente con Dios, y entrar en una contemplacion silenciosa delante de sus insondables grandezas. Cuanto han escrito los poetas acerca de las inmensidades del oceano, se puede aplicar al desierto. El aislamiento en que uno se halla en medio de estos espacios es aun mayor, porque se siente un silencio, del que no se puede dar idea al que no ha experimentado sus efectos, y que ni siquiera es interrumpido por el murmullo monótono de las olas. La primera sensacion que se recibe en medio de estas llanuras sin lími-

tes, cuyos tintes blanquizcos animados por los rayos del sol, parecen un vasto horizonte nevado, es el sentimiento de la independencia, y la conciencia de una libertad tan ilimitada como los espacios en cuya inmensidad se dilata la vista. Allí se representa uno el estado del primer hombre despues de la creacion: semejante á él se siente uno señor, se siente uno rey, y se respira con una viva felicidad el aire del desierto cuya pureza dilata voluptuosamente el pecho acostumbrado á la pesada atmósfera de los lugares habitados.

Kamsim. Hacia al equinoccio sopla el Kamsim, viento violentísimo del sur, cuyo nombre significa en árabe *cincuenta*: se le llama así, porque es como de cincuenta dias el periodo en que sopla. Los árabes le dan tambien el nombre de *semoun*, esto es, veneno. Al presentarse, cúbrese el cielo de un tinte rojizo: la atmósfera es una nube inmensa de polvo: un calor excesivo deseca la traspiración: el termómetro de Reaumur sube á veces hasta cuarenta grados: la respiración es difícil, y se siente cierto disgusto general, una postración completa, frecuentemente se inflaman los ojos, duele la cabeza, ó dá apoplejía: bajo la influencia de este viento funesto, se agravan los enfermos si hay epidemia, y la mortalidad es mayor. A veces es tan violento el Kamsim, que casi llega uno á creer las relaciones fabulosas de que las caravanas y los ejércitos enteros han acabado al soplo del terrible viento del desierto. Por fortuna, durante los cincuenta dias, no sopla con alguna violencia, sino cinco ó seis veces, y la duración de sus ráfagas

rara vez pasa de veinticuatro, ó cuarenta y ocho horas. Muchas ocasiones he sido batido por el kamsim que levantaba á mi derredor turbillones de guijas que indudablemente me habrian lastimado, si no me hubiera puesto á cubierto de sus terribles remolinos.

Mirage (*). Obrando una temperatura muy caliente en las vastas llanuras que presenta el suelo del bajo Egipto, da origen á un fenómeno particular conocido en frances con el nombre de *mirage*: cuando está muy abrasado el suelo con el calor del sol, en el resto del dia se manifiesta de esta manera; parece al viagero que el terreno termina como á distancia de una legua por una inundación general. Las aldeas y rancherías que están mas allá de esta distancia parecen islas situadas en medio de aquel gran lago, y de las que está uno separado por una extensión de agua mas ó menos considerable. Esta llanura de agua fantástica refleja la imagen de todos los objetos que están en su radio, como lo haria una laguna verdadera: pero á medida que se acerca el observador á la aldea que parece estar colocada en la inundación, se aleja la orilla de la agua imaginaria: los brazos de mar que á nuestro entender nos separaban del objeto observado, se angostan, y desaparecen por fin enteramente, pero se reproducen de repente, y se ve otro nuevo conjunto de casas mas lejanas, ó cualquiera otro objeto elevado. Todavía se acuerdan en el pais de los engaños crueles que este fenómeno causó á

(*) Nombre francés cuyo equivalente español no conocemos.—TT.
TOM. III 4

nuestros sedientos y calorosos soldados, durante su marcha por el desierto entre Alejandría y el Cairo, porque veían poblaciones enteras y vastas llanuras de agua cuando estaban á enormes distancias del río, y de lugares habitados. No solo se ven objetos grandes, sino tambien aun sus pormenores mas pequeños, así es que se miran los troncos y ramas de los árboles bambolearse y ceder á la menor agitacion del viento.

Refiere Clarke que estando cerca de Roseta, él y sus compañeros, percibieron de repente esta ciudad, sus altas torres y minaretes del otro lado de un grande lago que parecia estar entre ellos y Roseta. Este espectáculo les causó tanta mas admiracion, cuanto que estaban en la misma ribera del Nilo que la ciudad, y por lo mismo no creían necesario atravesar aquella agua para llegar allá. Despues de varias reconvencciones de los viageros, se echaron á reír los árabes, y se divirtieron á costa del error de los extrangeros, á quienes hicieron volver los ojos atrás por el camino que habian traido, y entónces se convencieron de que todo era ilusion, porque notaron allá el mismo fenómeno. ¡Qué engaño tan fatal para el viagero desgraciado, perdido en los desiertos, muerto de calor, de sed y de fatiga, á cuyos ojos se presentan falsos bosques de verdura y fuentes claras y puras, tambien falsas!

Oasis. Así se llaman unas islas verdes y floridas llenas de aves, y regadas de aguas hermosas, en medio de un mar de arena.

La mayor parte de los desiertos está absolutamen-

te árida, ó solo ofrece por toda vegetacion malezas desmedradas, porque las pocas lluvias de invierno dejan algunos depósitos de agua en los terrenos bajos: en estos terrenos que conservan alguna humedad nacen las semillas, y se presentan algunas yerbas, que se secan al aproximarse el estio. Otras partes, bien que en corto número, se pueden cultivar todo el año, porque tienen fuentes de agua. A estos se les llama terrenos Oasis, palabra derivada del antiguo egipcio que significaba habitacion, ó morada. Con mucha verdad se ha dicho que son unas islas fértiles, verdes y floridas en medio de inmensos mares de arena. Seis oasis pertenecen á Egipto, y están situadas en el desierto de Libia, son muy fecundas, y producen azúcar, café, rubia, y principalmente añil. Entre estas las mas célebre en la antigüedad es la de Sionah, por estar allí el templo de Júpiter Amon, y por la peregrinacion que Alejandro el Grande hizo al templo de esa divinidad: tiene cinco leguas de largo y cuatro de ancho. Es muy digno de referirse ese viage del héroe de Macedonia. Era esta una jornada, dice un escritor antiguo, sumamente trabajosa, aun á quien la hiciese con ménos tropas y sin el mucho aparato que llevaba Alejandro, por la gran sequedad que padece aquella region tan poco favorecida del cielo, como de la tierra. Compónese toda de esterilísimos arenales, los cuales, heridos de los rayos del sol, de suma actividad y eficacia allí, quedan tan abrasados, que queman las plantas de los que los huellan. No son solos la sequedad y el

ardor con quienes se lucha en este camino, tambien causa considerable fatiga la misma arena, cuya crecida profundidad es tan grande, que undiéndose á cada paso en ella los piés, no se sacan sin gran trabajo. Representaban los egipcios todas estas dificultades á Alejandro, aumentándose las aun mas de lo que eran; pero él, inflamado del ardiente deseo de visitar el templo de Júpiter, á quien creia, ó queria que se creyese por padre suyo, no satisfecho de la colmada grandeza á que en lo humano se habia elevado, atropellando por ellas, se embarcó con los que gustó que lo acompañasen, y descendió por el rio á la laguna Mareotis, donde le llevaron los embajadores de los Cyrenenses algunos presentes, pidiéndole la paz, y que se sirviese de entrar en sus ciudades: admitiólos, y habiendo hecho alianza con ellos, prosiguió su camino. Pareciéndoles tolerables la primera y segunda jornada, por no haber entrado aun en medio de aquellos dilatados y espantosos desiertos, aunque caminaban por una tierra estéril y seca; pero cuando se hallaron en sus vastas llanuras cubiertas de multitud de montes de arena, dilataban por ellas (como pudieran por un inmenso piélago) la vista hácia todas partes, por si divisaban alguna tierra. Ninguna empero se les ofrecia, en la que se descubriese un árbol, ni señal alguna del menor cultivo; hasta la misma agua que llevaban los camellos en odres, se habia consumido, sin haber una gota en aquel arenoso territorio. Llegábase á esto el intensísimo ardor del sol, que lo abrasaba todo, y de quien participe el aire, no per-

mitia aun la respiracion sin la fatiga de alguna congoja. En medio, pues, de este conflicto, ó acaso por especial favor de los dioses, improvisamente se cubrió el cielo de nubes, que dilatándose por todo él, ocultaron el sol, con gran beneficio y alivio del ejército, aunque falto de agua: si bien, habiendo descargado crecida lluvia, hicieron todos provision, hallándose algunos tan sedientos, que sin esperar otras vasijas en que recoger las aguas, abiertas las bocas, las recibian como caian en ellas. Cuatro dias gastaron en pasar aquellos desiertos, y llegar al sitio del oráculo; en cuyas cercanías vieron gran cantidad de cuervos, que volaban delante de las primeras banderas del ejército, abatiéndose unas veces, cuando este caminaba á paso lento, y adelantándose otras, como para servirle de guia, hasta que llegó al templo del Dios. Donde es digno de admiracion que constituido en medio de una vasta soledad, le cerquen tan umbrosos bosques, que apenas puedan penetrar por su espesura los rayos del sol: rieganlos y fecúndalos muchas fuentes de agua dulce, haciendo tan apacible aquel sitio la benigna templanza del aire, que en él es todo el año continuada primavera. Los moradores de este impenetrable territorio, llamados Hammonios, habitan en cabañas, separadas unas de otras, y tienen en la mitad del bosque la fortaleza cercada de tres órdenes de murallas. Dentro de la primera está el palacio que fué de los antiguos reyes: en la segunda, los cuartos de sus mugeres, de sus hijos y de sus concubinas: y tambien el oráculo del

Dios: y en la última, los arqueros y las demas guardias del rey. Ofrecese otra floresta de Hamnon, en medio de la cual corre una fuente, á cuya agua llaman *del sol*. Está al amanecer tibia, y fria á medio dia, desde cuyo extremo pasa á calentarse á proporcion del curso de la tarde, hasta que llega á media noche á hervir, y desde esta empieza á disminuir su calor, conforme se va acercando el dia, en cuya alternativa continúa siempre. No observa el simulacro del dios que adoran en este templo la misma forma con que suelen los pintores y escultores representar á los demas dioses; compónese de esmeraldas y de otras piedras preciosas, y desde la cabeza hasta el ombligo guarda la figura de un carnero. Llevan á él los sacerdotes, cuando le consultan, un navichuelo dorado, guarnecido de muchos vasos de plata, pendientes de ambos lados. Siguelos grande acompañamiento de mugeres y de doncellas, cantando ciertas canciones groseras á su usanza, por medio de quienes creen merecer propicio á Júpiter, y obtener de él con claridad y certeza las respuestas que se solicitan. Habiéndose adelantado el rey al templo, *le llamó su hijo* el mas antiguo de los sacerdotes, asegurándole *le concedia este honor Júpiter su padre*. Respondióle Alejandro, olvidado de su naturaleza: *que le admitia y reconocia por tal*; y pasando á preguntarle *si le tenia destinado para dueño del universo*, tan preocupado el sacerdote de la lisonja, como el rey de la vanidad, le aseguró *que sí*.

Jardines de Oriente.—Es muy general la fama de los

jardines del Oriente, y algunas descripciones los han hecho populares entre nosotros. La especie de culto ideal que les dan los árabes, es cosa bien fácil de comprender, porque los habitantes de paises áridos, sometidos á la temperatura abrasadora de los trópicos, han debido considerar la vegetacion vigorosa y el espeso verdor de las yerbas y arboledas como maravillas espléndidas, así como á las sombras que prodigan y al agua que las vivifica y conserva en su grata frescura como un respetable beneficio de Dios, y en fin, como un goce celestial el reposo á que convidan todas estas delicias animadas, y por eso han colocado el paraíso en medio de estos objetos de sus sueños agradables, y han escogido un jardin para teatro de una felicidad que no debe acabar.

En nada se parecen los jardines del Oriente á los de Europa, porque en aquellos no hay sábia simetría, nada que recuerde nuestros cuadros de flores diestramente trazados, ni las combinaciones afectadas que presentan los jardines ingleses. Aquellos se componen de árboles ó hermosos frutales, plantados sin regularidad, confundiendo por tanto sus ramas, cuyo número jamas disminuye la podadera, y no perturba sus caprichosas direcciones. Son tan espesos los bosqueillos que forman estos vergeles llenos de árboles, que no se puede pasar debajo de sus bóvedas si no es inclinando el cuerpo á la tierra. Los árboles de cidras, de limones, los naranjos, las higueras, los sicómoros, las palmas de dátiles están como apretados en los jardines de Egipto: las flores forman frecuentemente en medio de las aguas

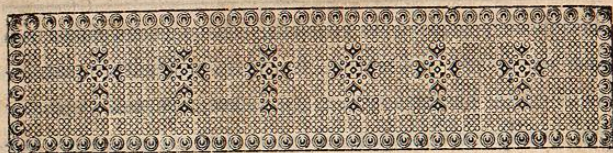
calles olorosas: chorros numerosos de agua saltan en las tazas de las fuentes, y derramándose forman arroyos pequeños y tortuosos que bañan los piés de los árboles: en medio de los grupos de verdes vegetales se levantan elegantes pabellones, conocidos con el nombre de Kioscos.

Hoy se encuentra el Egipto cubierto de árboles de muchísimas especies, que ya forman como bosques en las cercanías del Cairo, y en el Delta, lo que se debe al grande hombre que lo gobierna. El virey ha hecho plantar en muy pocos años diez y seis millones de árboles en el bajo Egipto, y su hijo Ibrahim ha mandado hacer á sus espensas plantaciones desmedidas en el valle del Nilo. Este valle debe á su eficacia cinco millones quinientos y treinta y cuatro mil árboles extranjeros de veinticinco especies diferentes, y quinientos ochenta y seis mil doscientos quince árboles frutales de cuarenta y una especies, y setecientas treinta y cuatro variedades, lo que llega á una suma como cosa de veinte y dos millones de árboles. Hace pocos años que el número de especies propias de este pais apenas pasaba de doce, y solo habia diez y ocho especies de arbustos de mas de dos piés de altura.

Jardines del virey y de su hijo.--Estos personajes han dado impulso á la agricultura y horticultura con la creacion de sus magníficos jardines, de los cuales los mas importantes son dos, de los cuales uno situado cerca del Nilo, á cosa de una legua arriba el Cairo. Una bellísima hilera de árboles da sombra al terreno que le separa de

la capital y le sirve de entrada. Este jardin tiene una casa de recreo del virey, hermoso edificio construido al estilo bizantino, y cuyo interior es muy notable por la riqueza de sus muebles, y el buen gusto que hubo en la eleccion y distribucion de los adornos que lo embellecen. En la extremidad del jardin opuesta al palacio hizo construir Mehemet-Alí un elegante kiosco ó pabellon, edificio cuadrado de cerca de mil piés en contorno, sostenido por columnas de mármol, ó de alabastro oriental, y en cuyo interior conserva constantemente una deliciosa frescura un ancho recipiente de mármol de Carrara lleno de agua. Durante la noche un aparato de gas á cargo de un ingles, derrama en este hermoso edificio una luz abundante y clarísima. Por lo demas, el jardin está en armonía con las brillantes construcciones que encierra. Su recinto está animado por la mas rica vegetacion de numerosas especies de árboles fructíferos, de árboles extranjeros, preciosos por su rareza, y plantas olorosas que forman un conjunto agradable y variado. Lo atraviesan hileras semejantes á las de los jardines de Europa.

En una isla pequeña está el otro jardin cuya fertilidad siempre ha sido celebrada, debe á Ibrahim nueva hermosura, despues de haberlo comprado. Lo ha dividido en dos jardines, de los que uno está dirigido segun el sistema de horticultura inglesa, y el otro segun el sistema frances, y á la cabeza de ellos están dos jardineros. Esta isla reune hoy la mayor parte de las plantas de Europa, de América y de la India.



CAPÍTULO IV.

ALEJANDRÍA.

ENTRE las ciudades modernas de Egipto, solo dos merecen una descripción particular, y son el Cairo por ser la capital, y Alejandría porque es su puerto el más concurrido, y por los recuerdos históricos que presenta á los viajeros.

Alejandro, según Napoleón, se hizo más ilustre con la fundación de Alejandría, y con el proyecto de trasladar allí la capital de su imperio, que por sus más brillantes victorias, porque debió ser la metrópoli del mundo. Está situada entre el Asia y el Africa, y cerca de la India y de la Europa. Su puerto es el único fondeadero que hay en quinientas leguas de costa que se

estiendo desde Tunez, ó la antigua Cartago, hasta Alejandreta, y además está colocada en una de las embocaduras del Nilo. Todas las escuadras del mundo pueden anclar allí, y en su puerto viejo están al abrigo de los vientos y de cualquiera ataque. Antes de Mehemet-Aly estaba prohibida la entrada á los navios cristianos, los que no podían abordar sino en la rada peligrosa del oriente. La ciudad actual no ha recibido de la antigua otra herencia más que su nombre y sus ruinas. Aquella tenía, según Plinio, como cinco leguas de circunferencia, y una población de trescientos mil ciudadanos, y otros tantos esclavos: una calle de dos mil pies de longitud, y ciento de anchura, la atravesaba de norte á sur, la que estaba cortada en ángulo recto por otra calle casi igual. Magníficos palacios, templos, gimnasios, circos, teatros, y monumentos de toda especie se presentaban en su recinto.

Los judíos desde la fundación de Alejandría consiguieron del ilustre hijo de Filipo, habitar en esta ciudad, concediéndoles los mismos privilegios que á los macedonios. Tanto Alejandro, como Ptolomeo hijo de Lago, y sus sucesores escribieron cartas muy honoríficas para los judíos alejandrinos, y aun se mandó levantar en esa ciudad una columna, en que estaban grabados los privilegios que César les concedió. Los grandes honores y confianzas que les dispensó Alejandro, fueron debidos al valor y buena fé que le habían manifestado al conquistador, cuyo sucesor les encomendó la custodia de varias plazas fuertes, confiado en

la firmeza y honor de los hijos de Abraham. Philadelfo les dió grandes sumas de dinero, y se empeñó vivamente en conseguir para la biblioteca de Alejandría una traduccion de los Libros santos, y en adelante Cleopatra fió á su valor y fidelidad no solo esa capital, sino todo el reino de Egipto.

Quando Alejandría fué tomada por Amrou, estaba compuesta de tres ciudades. En la relacion que este conquistador dió al califa Omar, dice que contenia cuatro mil palacios, igual número de baños, cuatrocientos edificios públicos, y doce mil almacenes. Un sucesor de Saladino la cercó con un recinto de dos leguas de circunferencia, flanqueado con cien torres, recinto que aun subsiste, y lo ha reparado el virey Mehemet-Alí. Bajo el dominio turco, y especialmente de los mamelucos, decayó rápidamente Alejandría, así es que cuando la invasion francesa no era mas que una aldea, y un puerto de piratas, cuya poblacion apenas llegaba á ocho mil almas: sus fortificaciones se estaban arruinando, y los beduinos llegaban hasta el pié de sus murallas á cometer impunemente sus robos, y apenas se podia sin escolta ir á visitar la columna de Pompeyo, á la que se puede ir en diez minutos.

Luego que se elevó al poder Mehemet-Alí comprendió con la vivacidad y seguridad de su talento la triple importancia militar, marítima y comercial, que ha dado la naturaleza á Alejandría, así es que estableció allí un puerto militar, y un arsenal, y abrió de nuevo un canal navegable hasta el Cairo, de cuya manera ha puesto la

tierra de Egipto en estado de defensa contra las incursiones exteriores, y ha facilitado el comercio activo y pasivo de Europa. Con semejantes medidas está muy aumentada la poblacion que hoy asciende á sesenta mil almas; cuya tercera parte se compone de las tripulaciones de la armada, y de obreros del arsenal, y eso sin contar con la poblacion transeunte que llaman allí los negocios y la curiosidad de viajar.

Se ha cambiado completamente el aspecto de la ciudad en estos últimos años, porque se han dejado fuera los inmensos cimiterios que habia en su interior, al paso que se han desecado los pantanos: aunque no están empedradas las calles, pero son muy limpias: se han edificado en mil lugares, construcciones de todas clases, arsenales, palacios, cuarteles, fábricas, hospitales, etc. Los contornos de Alejandría en dos leguas á la redonda, están cubiertos de ruinas inmensas, que prueban que no han exagerado los historiadores cuando hablaron de las maravillas de la antigua ciudad, con cuyas ruinas se ha edificado la ciudad árabe, y esto sin tocar á los escombros considerables y multiplicados que al escavar se hallan aun á veinte varas de profundidad.

